12 de septiembre de 1947:

gachupinches vs. refugachos

José Pascual Buxó

Las diferencias ideológicas entre los grupos políticos de españoles, franquistas y republicanos radicados en México durante los años posteriores a la Guerra Civil, provocaron disputas que fueron famosas por su enardecimiento. Aún los más jóvenes participaban de estas riñas, como sucede aquí con los alumnos de dos colegios vecinos y antagonistas quienes protagonizan la amena crónica en la que José Pascual Buxó, en las páginas siguientes, hilvana recuerdos.

Transcurrido más de medio siglo, aun para quienes participaron en ellas, ha ido desvaneciéndose el recuerdo de las violentas escaramuzas callejeras que protagonizaron en la capital mexicana los alumnos del Instituto Luis Vives y el Colegio Cristóbal Colón. La prensa diaria concedió a ese conflicto estudiantil una importancia aparentemente desproporcionada, pero que vino a ser en realidad un acontecimiento crucial, no sólo para la vida de las instituciones educativas fundadas por la emigración republicana española en México, sino aun para la misma lucha política entre los grupos progresistas y conservadores del país.

El sábado 13 de septiembre de 1947 todos los rotativos destacaron en sus encabezados la noticia del "Gran escándalo entre estudiantes hispanos". *El Universal* de esa fecha precisaba que por causa de sus divergentes "ideologías políticas llegaron a las manos" los alumnos de dichas escuelas; el motivo inmediato: haber sido "arrebatadas de un auto las banderas de México, España y Francia". El reporte sintetizaba las inclinaciones políticas de los protagonistas de la contienda: los alumnos del "Luis Vives" eran "hijos de políticos españoles, siendo la casi totalidad del personal docente de igual filiación". En cambio, los que acuden al "Cristóbal Colón", "son también hijos de españoles, pero que tienen muchos años de permanencia en México y, por lo tanto, simpatizadores del régimen franquista". Se aseguraba que las banderas de marras "quedaron destruidas por aquellos alumnos, hijos de políticos españoles refugiados en este país". *Excélsior,* calificaba de "ultraje" al lábaro patrio el que algunos estudiantes del "Luis Vives" arrancaran del coche de otro estudiante del "Cristóbal Colón" la "bandera de España, rojo y gualda, y la mexicana, y destruyeran ambas, y conforme al rumor general de testigos, cometieron vil ultraje con ambos pabellones, pisoteándolos".

Contrariamente al fingido tono testimonial de los diarios citados, *El Nacional,* órgano oficial del gobierno mexicano, no vaciló en entrar abiertamente en el fondo

político de la cuestión: "la bandera monárquica de España y el grito de Viva Franco fueron los latigazos que provocaron los lamentables sucesos registrados ayer en la tarde", y añadía: "la ostensible tolerancia del director y profesores de la 'Colón' en permitir que se exhibiera con aire de provocación esa bandera, lastimó los sentimientos opuestos en ideologías". En esa misma edición se recogían las declaraciones vertidas por los directores de ambos planteles. El profesor Joaquín Álvarez Pastor —quien acababa de suceder en la dirección del "Luis Vives" al maestro Rubén Landa— hizo constar que "un numeroso grupo de muchachos del Colegio 'Cristóbal Colón', a bordo de uno de sus camiones y haciendo alarde de la bandera monárquica mañosamente colocada entre la mexicana y la francesa, provocaron a los muchachos de ideas republicanas que al ver la señal clara de provocación se lanzaron contra ellos, arrebatándoles esa enseña, pero sin ultrajar la mexicana, como dolosamente se dijo en algún periódico", en alusión a *El Universal*, cuya militancia franquista se hizo patente desde los tiempos de la Guerra Civil española. Álvarez Pastor declaró que tanto él como sus compañeros profesores habían intentado por todos los medios a su alcance evitar el ahondamiento del conflicto y hasta dijo ver "con buenos ojos una misión de paz que se ha iniciado entre los escolares de ambos bandos". Pierre Lyonnet, hermano lasallista, director del Colegio Cristóbal Colón, dio una de cal y otra de arena: "propuso que se hiciera una labor persuasiva con los alumnos para que no se agredieran", pero su versión del episodio de la bandera fue insidiosa: "al pasar un camión de su escuela frente a la 'Vives' arrebataron la bandera monárquica y la metieron al depósito de gasolina del carro, de donde fue rescatada más tarde". Su conclusión echaba más leña al fuego: dijo tener "la seguridad de que profesores del 'Vives' se apoderaron de la bandera y la llevaron a un lugar que desconoce", con el evidente propósito de persuadir a los lectores que eran los refugiados españoles quienes habían iniciado la agresión contra el colegio católico. Rafael Sánchez, profesor del "Cristóbal Colón" —cuya oscura felonía no tiene por qué encubrirse en esta mínima historia— "aseguró haber visto personalmente al director del 'Luis Vives' azuzando a sus alumnos para que arremetieran a pedradas contra los que consideran sus enemigos mortales". (Nadie con sana intención y claro juicio podría imaginar al diminuto pero formidable profesor de ética excitando al combate a sus aguerridos alumnos.)

Todo estaba preparado, pues, no sólo para la gran batalla estudiantil que, a piedras y palos, se libraría la tarde del 12 de septiembre en el entronque de las calles de Gómez Farías, Sadi Carnot y Ezequiel Montes, donde se ubicaban, a poca distancia uno de otro, los mencionados centros escolares, sino además para una violenta ofensiva antirrepublicana conducida a través de la prensa por los personeros del régimen franquista. Pero antes de pasar a esos hechos, convendrá aludir con brevedad a ciertas circunstancias que los hagan más comprensibles para quienes no tengan una particular noticia de la importancia psicológica y social que alcanzan en México las ceremonias en honor de la bandera. Días antes de cada 15 de septiembre —fecha en que se proclamó en



Grupo de jóvenes nacionalsocialistas, Postdam, 1932


Haciendo cola para la matiné de un cine, Londres, 1937


Jóvenes manifestantes en una marcha del Frente Popular, París, 1936

1810 la Independencia— es costumbre adornar tanto los edificios públicos como los establecimientos comerciales, las casas de habitación y los automóviles con los emblemas patrios; los 15 de septiembre por la noche, en la Plaza de la Constitución, el presidente de la República recuerda y vitorea a los "héroes que nos dieron patria" ante una exultante multitud reunida frente al Palacio Nacional. A esta proclama de independencia sigue una tumultuosa "verbena popular"; el 16 se celebra un desfile militar por cuyo medio se ratifica espectacularmente la fidelidad de las fuerzas armadas a las instituciones republicanas. En su origen, el "grito" incluía un explícito llamado de "muerte a los gachupines", esto es, los españoles que gobernaron la Nueva España; el tiempo borró ese grito del discurso oficial, pero no liquidó necesariamente los sentimientos de animadversión contra quienes fueron responsables de la depauperación de las clases populares, aquellas a las que —siglos más tarde— la Revolución de 1910 prometió "hacer justicia". Es bien visto que los nacionales de países amigos se sumen a la ocasión patriótica colocando junto a la bandera mexicana la de su propia nación; no está por demás añadir que el único gobierno español reconocido entonces por México era el de la República en el exilio y, por lo tanto, la bandera de la España monárquica —adoptada por Franco— representaba un régimen político con el que el Estado mexicano no tenía relaciones. A pesar de esto, "con motivo de las próximas fiestas patrias, los alumnos del 'Cristóbal Colón' pusieron en sus automóviles banderas españolas monárquicas y de otras naciones. También los choferes que guían los camiones de la escuela colocaron banderas de esa clase", según registró *Excélsior* en su edición del 13 de septiembre de 1947.

A partir de 1939, los españoles de México nos dividimos en dos grandes grupos irreconciliables: los gachupines o viejos residentes, tácitos herederos de la ideología criolla, y los refugiados venidos con una mano atrás y otra delante, y atenidos en todo a la generosa hospitalidad mexicana, o por decirlo en el lenguaje de la chanza callejera: los *gachupinches* y los *refugachos,* los españoles católicos que continuaban en posesión de una buena parte de la riqueza de la nación independiente y los que, derrotados y en exilio, continuaban siendo fieles defensores de los ideales republicanos. De modo, pues, que la difusión del "miserable atentado" contra las enseñas patrias —como subtituló *Excélsior*— dejó muy pronto de ser un veraz recuento de los hechos y pasó maliciosamente a convertirse en la denuncia "patriótica" de una gravísima ofensa nacional;[1] así, se decía, "mientras en todo México se honra a la bandera", aquellos turbulentos "jóvenes asilados o hijos de asilados olvidaron que son huéspedes impuestos por un régimen radical y que, de cualquier modo, esta nación les ha cobijado y dado cuanto tienen". El dardo iba doblemente dirigido: el lector común y no sólo el simpatizante franquista podrían persuadirse, por un lado, de que fue decisión de un "régimen radical" —aun identificado ideológicamente con el del General Lázaro Cárdenas— el haber impuesto a los mexicanos la indeseable presencia de los refugiados españoles; por el otro, la execrable ingratitud de éstos a quienes la sociedad mexicana había dado "cuanto tienen".

Sería ingenuo pensar que la profusa atención dedicada por la prensa a estos desmanes estudiantiles era tan sólo atribuible a un puntilloso deber informativo; hubo sin duda "mano negra", motivaciones políticas y económicas que no sólo propiciaron los acontecimientos, sino que trataron de obtener resultados en beneficio de sus propias causas, que no eran precisamente las del México revolucionario, y que involucraban, en una previsible conjunción, el proyecto de la Iglesia Católica de ir abrogando en la práctica las disposiciones del artículo 3°

[1] *El Popular* de esa fecha ajustaba viejas cuentas de la izquierda mexicana con *Excélsior* y *Últimas Noticias*: "Nunca como en esta ocasión pudimos percatarnos de la vileza, mendacidad y estulticia [de esos periódicos]… que ayer sembraron el escándalo en esta ciudad al presentar una información no sólo parcial, sino descaradamente tuerta, en la cual tienden a lanzar una acusación contra honestos republicanos españoles, con el fin de defender a los maestros de una escuela confesional".

A partir de 1939, los españoles de México nos dividimos en dos grandes grupos irreconciliables: los gachupines o viejos residentes, tácitos herederos de la ideología criolla, y los refugiados venidos con una mano atrás y otra delante, y atenidos en todo a la generosa hospitalidad mexicana...

constitucional,[2] y las presiones que ejercían los emisarios de Franco sobre el Gobierno mexicano para que éste modificara los principios de su política internacional. Las *Últimas Noticias* de *Excélsior* dejó traslucir en su monumental encabezado de primera plana cuáles eran los verdaderos fines políticos que perseguían los promotores de aquellos sucesos: la "Ofensiva Republicana en el D.F." era causa suficiente para que las autoridades educativas revocaran el permiso concedido a los centros de enseñanza fundados por los exiliados españoles con la ayuda del gobierno de Lázaro Cárdenas a partir de 1939: precisamente el Instituto Luis Vives, la Academia Hispano Mexicana y el Colegio Madrid.

En lo que sigue, podremos ir comprobando que la historia de los hechos a que me vengo refiriendo se inserta en diversos contextos de creciente importancia y magnitud: uno, ceñido al conflicto estudiantil; otro, a una confrontación ideológica entre representantes de la sociedad mexicana, y otro más, no por remoto menos influyente, a la situación de la España franquista al filo de los años 1946 y 1947. Vayamos por partes. La desbordada lucha callejera requirió la enérgica intervención policíaca. A pesar de que los del "Cristóbal Colón" eran más numerosos,

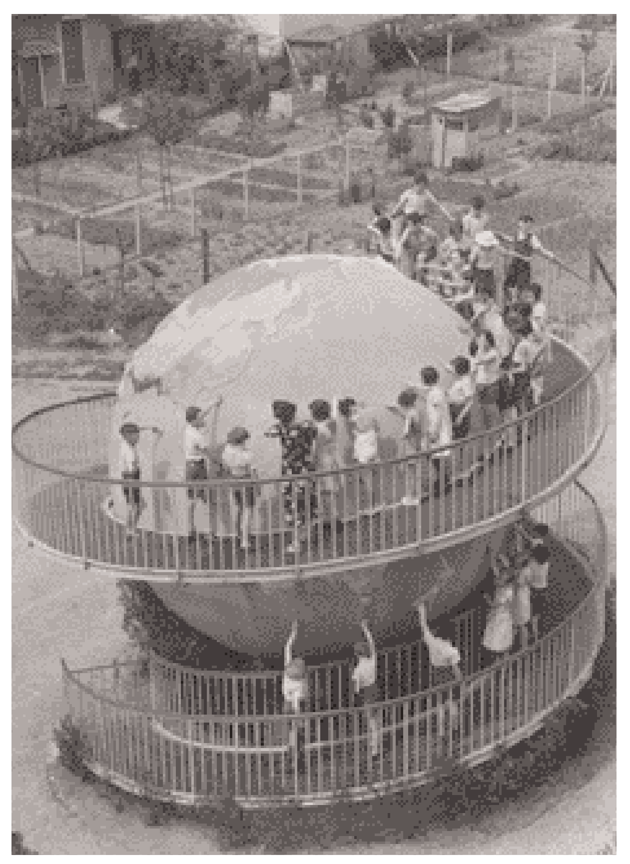
> los vidrios de balcones y salones de ese edificio se vinieron abajo, estrellándose en mil pedazos, mientras arreciaban pedradas y moquetes que se cambiaban con furia sin igual, hasta que llegaron los granaderos y algunos agentes del Servicio Secreto y disolvieron a los belicosos, teniendo a última hora que hacer uso de los gases lacrimógenos pues el escándalo era de los grandes,

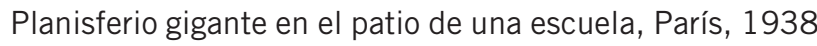
narraba el reportero de *El Nacional* del sábado 13 de septiembre. "Entre los gritos injuriosos que se cruzaban de un bando a otro —asentaba— sobresalían por un lado el de 'refugiados gachos' y por el otro el de 'gachupines', enemigos de la patria". Pero no fueron los alumnos de los colegios que iniciaron la disputa los únicos en participar en la lucha; los del "Cristóbal Colón" solicitaron el auxilio de los cadetes del Pentathlón Universitario que, enardecidos por el presunto "ultraje a la insignia patria", se presentaron al lugar de los hechos. *Excélsior* del sábado 13 de septiembre cantó las glorias de ese juvenil contingente militarizado: cuando el oficial que los comandaba ordenó a gritos, con los brazos en alto, que se restableciera el orden, "fue atacado por un muchacho español, que le estrelló en la cara un pedrusco que le causó grave lesión". Pero no quedó ahí el épico relato de ésa que quizá no haya sido la primera trifulca callejera de los aguerridos cadetes; de creerle al reporte de guerra de *Excélsior*:

> Al ver caer al oficial, los cadetes se organizaron con la rapidez de la disciplina y contraatacaron rudamente; fue evidente la superioridad de los del Pentathlón, que a pesar de ser unos cuantos, dieron cátedra de ataque y defensa personal y pusieron rápidamente fuera de combate a muchos enemigos, mientras retiraban a sus lastimados. Tras unos minutos de intensa lucha, los cadetes se apoderaron del campo de batalla e hicieron retroceder a los estudiantes del 'Luis Vives', hasta embotellarlos en su edificio.

No he podido hallar en los otros diarios que también dieron cuenta pormenorizada de los hechos una alusión a tan memorables hazañas. Tampoco en mis recuerdos de esa jornada, en la que participé —al igual que mis compañeros— con más indignación que prudencia, encuentro una vislumbre de tales escenas homéricas. Recuerdo, y así lo confirma *El Nacional* de la misma fecha, que numerosos alumnos de la secundaria número 4 "se colocaron abierta y entusiastamente de parte de los republicanos". No era tampoco la primera vez que los alumnos de una escuela pública se propusieran vengar sus antiguos agravios; debo decir que, para ellos, las injusticias y los rencores acu-

[2] En su texto, el artículo 3° prescribe que "ninguna corporación religiosa, ministro de ningún culto o persona perteneciente a alguna asociación semejante podrá establecer o dirigir escuelas de instrucción primaria, ni impartir enseñanza personalmente en ningún colegio". Tal era el caso, entre otros muchos, del Colegio Cristóbal Colón, fundado en enero de 1938 por los Hermanos de las Escuelas Cristianas y unidos poco después con los Hermanos Lasallistas.




Planisferio gigante en el patio de una escuela, París, 1938



Jugando a la rayuela en el patio de una escuela, 1931

mulados por los de su clase eran parte de su dolorosa y exasperante experiencia cotidiana.

De lo que no hay duda es que, para poner fin a la imparable batalla frente al maltrecho edificio del Colegio Cristóbal Colón, los granaderos dispararon varios "cartuchos de gases lacrimógenos" que hicieron que "los muchachos corrieran por diversos lugares y se fueran a sus casas". La policía detuvo *in situ* a una decena de estudiantes del "Luis Vives"; los puso a disposición del Ministerio Público que, no hallando méritos para su consignación, los dejó prudentemente en libertad. El reportero de *El Nacional* concluía que las agresiones contra los escolares españoles y mexicanos del Instituto Luis Vives "forman parte de provocaciones a que se entregan descaradamente los agentes de Franco en nuestro país".

Que el conflicto iba más allá del intercambio de "pedradas y moquetes" entre estudiantes de confrontadas ideologías, lo demuestra la importancia que ciertos grupos de la sociedad mexicana dieron al presunto ultraje a la bandera: el coronel Ricardo Marín Ramos, Subjefe de Policía, fue acusado por algunas publicaciones de haber sido "quien libertó al que ultrajó la bandera"; el funcionario —señaló *El Universal* del 14 de septiembre— "se encuentra profundamente molesto por la imputación que se le ha hecho", pues como militar considera que no sólo "ha cumplido con su deber", sino que a lo largo de sus treinta y cuatro años de servicio "ha organizado festivales patrióticos precisamente para que el pueblo se identifique más y más con la insignia patria". La "molestia" por no decir la preocupación del coronel estaba bien justificada, ya que seguramente tenía noticia de que el Comité Nacional pro Día de la Bandera, vinculado con los altos mandos militares, estaba por presentar una "enérgica protesta por el ultraje inferido a la bandera por los alumnos de la Escuela Luis Vives" y que en ese comunicado no sólo lamentaba "haber puesto en libertad a los culpables de este hecho bochornoso", del que algunos responsabilizaban al mentado coronel, sino que pedía a las autoridades competentes que se investigara si en él intervinieron "elementos extranjeros", y de ser ese el caso que "se les aplique inmediatamente el artículo 33 de la Constitución, expulsándolos del país". Precisamente el lunes 15 de septiembre fue la fecha escogida por varios maestros pertenecientes al Bloque Único de Maestros de Educación Pública en el Distrito Federal para enviar a *Excélsior* una misiva en la que pedían "el inmediato castigo y la aplicación del artículo 33 para quienes resulten responsables [de la injuria], ya que México no debe seguir tolerando a extranjeros que tan arteramente corresponden al país que ha sabido acogerlos con benevolencia en los momentos en que para ellos la vida era álgida [*sic*] y difícil". A diez años de distancia de los feroces ataques de los representantes de la derecha mexicana contra la decisión del Presidente Lázaro Cárdenas de dar asilo político a los republicanos españoles, la prensa derechista volvía a hacerse eco de los peores argumentos en contra de esos refugiados motejados de "arteros" e "ingratos".

Alarmados por las posibles consecuencias de la trifulca e inquietos —ellos y sus padres— por la delicada situación en que, como asilados políticos, los colocaban las graves imputaciones que se les hacían, diversos grupos de alumnos del Instituto Luis Vives se presentaron en la Jefatura de Policía y en las redacciones de los periódicos para protestar que "era absolutamente falso que hayan ultrajado la bandera mexicana". *El Nacional* transcribió, además, su denuncia de la participación de individuos o grupos políticos de derecha en la provocación: "Tenemos la seguridad de que estos deplorables casos se deben a la labor malsana desarrollada por maestros de la Falange y mexicanos de ideas reaccionarias que con toda premeditación permitieron que paseara la bandera monárquica como un desafío a nosotros".

Bien mirado, la encrucijada de las calles de Gómez Farías y Ezequiel Montes, donde tuvo lugar ese tardío pero victorioso simulacro de la lucha de la República española contra la insurgencia fascista, era también un signo de la encrucijada en la que se encontraban las fuerzas políticas del México posrevolucionario. Así lo entendió la Confederación de Jóvenes Mexicanos; en una misiva enviada a *El Nacional* y publicada el 13 de septiembre, al día siguiente de los primeros enfrentamientos. Los de la Confederación condenaban la "cobarde y artera agresión de que fue víctima el Instituto 'Luis Vives'", y denunciaban la solapada participación de los "elementos falangistas y fascistas que dirigen al Instituto Colón" en los ataques contra "los verdaderos representantes del pueblo español"; se trataba, pues, de un "típico caso de provocación falangista y fascista contra los republicanos españoles, cometido por los agentes franquistas en México y los 'gachupines' que, además de traficar miserablemente con el hambre popular, traicionan la hospitalidad de México cometiendo actos de fuerza política". Dispuestos a participar en un frontal combate contra las fuerzas reaccionarias, los miembros de la Confederación de Jóvenes Mexicanos se manifestaban dispuestos "a acudir en masa a castigar e impedir que los 'gachupines' sigan esta política de provocación criminal".


Niño estudiando, 1937

Como es evidente, las escaramuzas entre el "Luis Vives" y el "Cristóbal Colón" desbordaban con mucho el marco de una mera confrontación estudiantil para insertarse en un profundo debate ideológico de resonancia nacional e internacional. ¿Cuáles fueron las causas que produjeron esas abruptas tensiones en la vida pública de México y la dura confrontación (mediatizada por la difusión escandalosa de un suceso local) de los representantes de las fuerzas políticas extremas? Las causas más profundas de esos hechos se hallan sin duda en la situación de la España de Franco al filo de los años 1946 y 1947. Hagamos un breve recuento.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, los aliados acordaron el ingreso a la ONU de las naciones que se mantuvieron neutrales, pero se opusieron a la incorporación de España a ese organismo internacional por el hecho de haber tenido su gobierno "asociación íntima con los Estados agresores". Consecuentemente, empezó a prepararse un clima de apoyo internacional a los movimientos surgidos en el interior de España, los monárquicos partidarios de don Juan, así como a los republicanos del exterior, (republicanos, socialistas, anarquistas y comunistas) agrupados en la Alianza de Fuerzas Democráticas, encabezada por Giral. En marzo de 1946, los gobiernos aliados emitieron una declaración conjunta según la cual tomaban al acuerdo de que mientras el General Franco siguiera gobernando España, "el pueblo español no puede esperar una completa y cordial asociación con las naciones del mundo". Con esto se alentaba a ese mismo pueblo español a encontrar las vías para la retirada de Franco, la abolición de la Falange y el establecimiento de un gobierno interino que proclamara una amnistía política y preparara las elecciones generales. En efecto, la precaria situación internacional del régimen fascista propiciaba la actividad de monárquicos y republicanos en vistas a un posible cambio de régimen en España. El año 1946 fue de esperanzas para los refugiados y de creciente actividad política; muchos de ellos —en América o Europa— ya imaginaban muy próxima la soñada hora del retorno a la patria.

No fue así. Los recelos y desavenencias en torno del monopolio atómico y la llamada "amenaza comunista" provocaron el enfrentamiento con Rusia de los Estados Unidos y la Gran Bretaña. En marzo del año citado, Winston Churchill propuso el levantamiento de una "cortina de hierro" entre los países "democráticos" y los "totalitarios". Resultado inmediato de dicha confrontación fue un cambio de planes de los aliados respecto de España, considerada como una región estratégicamente importante para asegurar su control sobre la Europa sur-occidental. La ONU suavizó sus precedentes condenas a la España franquista y declaró que su gobierno ya no



Niños patinando, Oxford, 1933

constituía una amenaza real, sino tan sólo "un peligro potencial para la paz internacional". El bloque comunista reaccionó proponiendo, a través de la delegación polaca, que el régimen de Franco representaba una verdadera "amenaza para la paz y la seguridad internacionales" y, por lo tanto, hacía un llamado a todos los miembros de las Naciones Unidas a romper relaciones diplomáticas con dicho gobierno. La moción pasó a la Asamblea General, pero ya limitada a una mera "recomendación" para el retiro de embajadores ante el Gobierno de Madrid. México —al contrario de otros países hispanoamericanos, encabezados por la Argentina de Perón— dio su voto favorable a la propuesta, y ello generó la indignación y protesta de las "fuerzas vivas", en gran medida integradas por quienes representaban los intereses económicos y políticos del régimen franquista. La Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas continuó haciendo, sin éxito, gestiones ante los gobiernos occidentales para obtener su apoyo a un "gobierno de coalición de la República". Intentó, también sin éxito, negociar una alianza con la Confederación de Fuerzas Monárquicas. Con astucia, Franco dio inicio a su proyecto de institucionalización del régimen; en marzo de 1947, promulgó la Ley de Sucesión de la Jefatura del Estado. Estallaron multitudinarias huelgas de protesta en Vizcaya; fueron fusilados algunos líderes republicanos que se internaron en España con el propósito de organizar la resistencia popular. Por su parte, Franco convocó a un referendo para cumplir, siquiera formalmente, con la democratización que exigían los vencedores de la Gran Guerra, con lo que provocó la fragmentación y disolución de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas.

Frente al notorio encarnizamiento de los partidarios mexicanos de Franco contra los exiliados españoles (todavía el 26 de septiembre *El Universal* propalaba la noticia de que "la Cámara de Senadores ha estado recibiendo numerosas protestas contra la Escuela Luis Vives, con motivo de los sucesos registrados recientemente [...] y piden sea clausurada inmediatamente"), las autoridades federales y de la Ciudad de México procedieron con enérgica cautela: desde el mismo 15 de septiembre fue prohibida la venta de la bandera de la "España franquista". Al respecto, el diario *Novedades* del 17 de septiembre encabezó tendenciosamente la noticia: "Orden de requisa que fue motivo de abusos y de un descontento generalizado. Despojo de banderas españolas"; claro está que se refería a las banderas monárquicas que algunos almacenes propiedad de viejos residentes ponían en manos de los vendedores ambulantes. Por su parte, el Secretario de Educación Pública, después de analizar un informe de los hechos ocurridos, citó a los directores de las escuelas en pugna para asegurarse de que "puedan seguir el desarrollo normal de sus actividades", expulsando en forma definitiva a los alumnos que incurrieran en nuevas responsabilidades. No recuerdo que se haya expulsado a ninguno de mis compañeros; los enfrentamientos cesaron y el nuevo año escolar de 1948 ya no dio inicio en la vieja casona de Gómez Farías, sino en una antigua residencia porfiriana ubicada en el barrio de Tacubaya, muy lejos de nuestras desastrosas vecindades con el Colegio Cristóbal Colón. U